



Revista Mexicana de Ciencias Políticas y
Sociales

ISSN: 0185-1918

articulo_revmcpys@mail.politicas.unam.mx

Universidad Nacional Autónoma de México

México

Rodríguez Ledezma, Xavier

Escritores y poder en México Una dualidad republicana

Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales, vol. XLIV, núm. 183, mayo-diciembre, 2001, pp.

211-225

Universidad Nacional Autónoma de México

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=42118310>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org



Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Escritores y poder en México Una dualidad republicana

XAVIER RODRÍGUEZ LEDEZMA*

Resumen

En México se ha construido una gran paradoja de tintes culturales y políticos. Por una parte, los índices de analfabetismo funcional son enormes, de hecho, una cultura de no lectura caracteriza a la sociedad contemporánea. Sin embargo, existe un grupo intelectual detentador de un poder específico que lo hace verse a sí mismo con una autoridad lo suficientemente cimentada como para influir y señalar los caminos que el poder político debiera seguir. Los rasgos identitarios constituyentes del ente conocido como “República de las letras” se basan en el manejo adecuado del lenguaje, lo cual refiere a la posibilidad de mejor entendimiento del mundo e incluso a la posibilidad de construirlo. Desde el poder los escritores son vistos con recelo y admiración, intenta copartirlos o los persigue, busca que ellos aprueben sus actos, su crítica le perturba. Soberanos en sus respectivas repúblicas, los escritores y el poder constituyen una dualidad por demás interesante para el estudio y la comprensión de la vida política cultural contemporánea.

Abstract

The republican duality. In Mexico a big paradox of cultural and political tints has been built. On one hand, the indexes of functional illiteracy are enormous, in fact a non reading culture characterizes to the contemporary society. However, a group intellectual holder of a specific power that makes it exists it turns to itself with an authority him sufficiently laid the foundation as to influence and to point out the roads that the political power should continue. The constituent characteristic of the entity knows as “Republic of the Letters” are based on the appropriate handling of the language, that which refers to the possibility of better understanding of the world and even to the possibility of building it. From the power the writers are seen with mistrust and admiration, it tries to integrate them or it pursues them, it looks for that they approve their acts, their critic perturbs him. Sovereigns in their respective republics, the writers and the power constitute a duality excessively interesting for the study and the understanding of the contemporary cultural political life.

Palabras clave: poder, intelectualidad, ideología, República de las letras, lenguaje.

... de tiempo en tiempo he actuado políticamente y he escrito artículos de naturaleza esencialmente política. Pues, ante mi propio asombro, he descubierto que un cierto

* Universidad Pedagógica Nacional, Dirección de Investigación, Carretera al Ajusco 24, Col. Héroes de Padierna, 14200, Delegación Tlalpan.

número de personas que conocen mis obras de teatro y mis cuentos están dispuestos a confiar en mis opiniones sobre cuestiones políticas, o al menos a considerarlas seriamente.

Arthur Miller¹

Habiendo sido invitado a la presentación del primer tomo de la *Historia Moderna de México*, el entonces presidente de la República, Ruiz Cortines, no asistió a la celebración. Más tarde, Daniel Cosío Villegas le hizo llegar el volumen respectivo con la siguiente dedicatoria: “Para el primero, del último ciudadano de esta República”, lo cual significaba, a decir de Cosío, “que en la otra república, la de Platón, yo, como, intelectual, sería el jefe del estado, y don Adolfo un modesto escribiente de la aduana de Veracruz”.²

La anécdota posee múltiples significaciones para el tema elegido. La primera y más evidente es la prueba de que, desde un sector específico de la sociedad constituido en general por los intelectuales y, particularmente para el caso que me ocupará, por los escritores, existe la noción de que en nuestro país conviven dos repúblicas. Una definida por la actividad política del ejercicio del poder estatal, en donde los políticos profesionales son los poseedores del poder que manejan discrecionalmente alejados de lo que hoy en día se conoce como sociedad civil. La otra, en donde el poder radica en un ámbito no terrenal, sino más bien en cuestiones más cercanas al espíritu, esto es, en la identificación de sus ciudadanos con la “razón”, la inteligencia, la verdad, etcétera.

Ambas repúblicas conocen y asumen la existencia de la otra tomando sus respectivas distancias, creando fronteras para evitar que individuos no pertenecientes a su identidad soberana asuman posiciones de poder en ella y, sobre todo, desdeñando de una u otra forma a aquellos que se identifican única y plenamente con la otra.

Los dos protagonistas de la anécdota actuaron de acuerdo con lo que de ellos se esperaba, uno como presidente de la República, otro como escritor/intelectual eminentes. El desdén fue mutuo, la descalificación de los afanes del otro también. Ninguno reconoció la validez o importancia que representaba para la República las activida-

¹ *La cultura en México*, núm. 511, México, 24 de noviembre de 1971, p. III.

² Gabriel Zaid, “Imprenta y vida pública”, *Vuelta*, núm. 98, México, noviembre de 1984, p. 14.

des del otro. Para el presidente, la obra coordinada por Cosío era irrelevante para el desarrollo nacional; para el fundador de El Colegio de México, la persona misma del presidente era de poca monta de acuerdo con los juicios de valor de la inteligencia y la “razón”. Las cartas, una vez más en la historia de México y no por última ocasión, fueron echadas entre protagonistas de ambas repúblicas. Esas relaciones, la existencia misma de la dualidad republicana, constituyen el objeto de estudio del presente trabajo.

Dicha dualidad republicana existente en nuestro país ha sido construida sobre una enorme paradoja. Los escritores, esa parte de la intelectualidad que se identifica dentro del concepto general de República de las “letras”, poseen un poder, una capacidad de influencia, un reconocimiento que de ninguna manera es proporcional al ínfimo nivel de lectura que existe en nuestra sociedad. Una pregunta se decanta de forma natural: ¿qué es lo que hace que a un grupo identitario, cuyo rasgo distintivo axial (ser leídos) no se cumple como debiera en una sociedad caracterizada por la existencia de una cultura de no lectura, se le otorgue un peso específico tan grande?

La paradoja es clave: no se lee, pero los que escriben son importantes. Ellos, los escritores, obviamente no son conocidos por el gran público (masivo) que no lee y cuando lo son probablemente sea por su desempeño en otro tipo de actividades. Carlos Monsiváis suele comentar que por lo general cuando lo reconocen en la calle le dicen “usted es un escritor, lo he visto en la tele”.³

Planteo dos vías alternas que se entrelazan a lo largo de la conceptualización tanto del quehacer intelectual como del literario. Por una parte, los intelectuales se consideran como los detentadores monopólicos de la “razón”. Esto en palabras bastante más audaces y “modernas” significaría ser capaces de encontrar tanto un cierto sentido del futuro como de la explicación del pasado. De ahí que su posibilidad (y necesidad) de intervención en el presente sea un ele-

³ Tal fenómeno no es privativo de la sociedad mexicana finisecular como lo demuestra la siguiente reflexión de Julián Marías: “Todo mundo sabe, por ejemplo, quién es Ortega; pero ¿cuántos saben lo que piensa? Y lo mismo se podría decir de Heidegger, de Russell, de Jaspers, de Toynbee, de Einstein, de Heisenberg.

La notoriedad, además, tiene una dimensión indudable de azar. Muchas veces es debida a causas fortuitas y externas: una actuación política, una persecución, un premio importante, una campaña de publicidad editorial, la necesidad de un país, en un momento de inseguridad, de improvisar algunos ‘genios’”. J. Julián Marías, *El intelectual y su mundo*, núm. 1438, España, Espasa Calpe, 1968, Colección Austral, p. 116.

mento básico: ¿quién mejor que ellos puede apreciar con más justicia “racional” el devenir de esa complejidad infinita que significa nuestra vida diaria?⁴ Asumiéndose como los acaparadores de la “razón”, de la luz, ellos se abrogan el poder de saber la ruta por donde la humanidad debiera seguir su camino, por lo que su interés por participar en el diseño de ese sendero parece transparentarse.⁵

Junto a lo anterior debemos tener presente que los escritores, al dominar a ese ente llamado lenguaje, se convierten en individuos privilegiados, por ser precisamente de esta manera que el mundo está conformado. Las palabras, la precisión en su uso, la creación de nuevas formas generan al universo mismo. Los escritores poseen el don de, entretejiendo las palabras, crear universos y sus explicaciones. Ellos inventan, crean, al mundo. Ellos conforman su universo de palabras, de letras, de signos: el lenguaje. Ése es su territorio soberano. Las fronteras están perfectamente delimitadas. El poder ahí ejercido es el poder sobre el lenguaje, sobre las palabras, sobre las letras. Es, indudablemente, una república: la “República de las letras”.⁶ Dentro de su territorio soberano no hay otro poder que valga, se pertenece a ella únicamente gracias a poseer esa habilidad, don, genio o capacidad de manejar el lenguaje.⁷

⁴ “Se consideran a sí mismos (los intelectuales) como guardianes especiales de ideas abstractas como la razón, la justicia y la verdad, guardianes celosos de normas morales que son ignoradas con demasiada frecuencia en los mercados y los recintos gubernamentales”, A. Coser Lewis, *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo*, 2^a reimp., México, Fondo de Cultura Económica, 1980, p. 11.

⁵ Véase por ejemplo lo dicho por Carlos Fuentes hace algunos años (1996): “Cuando escribo un ensayo para los periódicos me vuelvo muy cartesiano. En cambio, cuando estoy escribiendo ficción, no controlo todo tan racionalmente”, Alfredo Barnechea, *Peregrinos de la lengua*, México, Alfaguara, 1997, p. 147.

⁶ El surgimiento de este nombre para definir al mundo de los escritores generó hace algunos años una polémica interesante entre Gabriel Zaid desde la revista *Vuelta* y Rafael Pérez Gay desde *Nexos*. Hoy en día el mismo título es utilizado por una columna escrita por Humberto Mussachio que se publica semanalmente en la Sección Cultural del diario *Reforma* de la ciudad de México. Por otra parte, *The Republic of Letters*, es el nombre de una nueva revista literaria (para diciembre de 1998 apenas iba en su número cinco) publicada en Boston, por el Premio Nobel Saul Bellow y Keith Botsford. En España el término también ha sido utilizado para referirse al mismo grupo, y hace décadas se puso en boga a partir de que Marcelino Menéndez Pelayo se autodenominó “ciudadano libre de la república de las letras”. Cfr. Julián Marías, *op. cit.*, pp. 39 y ss.

⁷ “El intelectual requiere, en primer lugar, de un público que muchas veces no paga lo suficiente en dinero, pero sí lo hace en reconocimiento; en segundo, de un contacto regular con sus congéneres. El debate y la discusión son los elementos básicos para el quehacer intelectual”, A. Coser Lewis, *op.cit.*, p. 19.

Con tal delimitación obviamente se deja fuera de sus fronteras a todos aquellos que no comparten las características señaladas. Esto constituye un eje metodológico fundamental puesto que más allá de esas líneas fronterizas se ubican múltiples grupos que, si bien pueden ser contemplados dentro de las categorías clásicas de intelectual, no cumplen con los requisitos para ser considerados como ciudadanos de tan privilegiada república.⁸

Por ejemplo, generalmente todos los profesionistas y egresados de instituciones de educación superior son considerados sin mayor problema como intelectuales pero, según vemos, no necesariamente participarían de la “República de las letras”. Incluso, desde ésta se llega al ninguneo de aquéllos y sus actividades “académico-universitarias”.⁹ La ciudadanía en la república que estamos analizando no se consigue con factores credencialistas, pero tampoco con licencias políticas. Uno de los puntos comúnmente reseñados y criticados desde el interior mismo de la “República de las letras”, es que exista un protocolo que permita ser identificado como ciudadano sin tener necesariamente los merecimientos literarios debidos; él encarnaría en lo que es el circuito de relaciones característico de la vida social de los republicanos (*establishment*).¹⁰

⁸ “... para el intelectual, el modelo ya no es solamente —ni siquiera de modo predominante— el científico, el físico a la manera newtoniana, o el enciclopedista que acumula y sistematiza todas las variedades del saber; su modelo es el poeta, o mejor dicho, el profeta que trae al mundo el porvenir, quien traduce en imágenes arrebatadoras las inspiraciones inexpresadas de la conciencia popular y del movimiento histórico”, Francois Bourriau, *Los intelectuales y las pasiones democráticas*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1990, p. 51.

⁹ Refiero algunos ejemplos: a) De los artículos que un autor envió para su posible publicación en *Vuelta*, el Secretario de Redacción encontró: “Ninguno digno de publicarse: ni los temas (“Borges y el laberinto”, digamos) ni la prosa ni las ideas se distingúan de la moneda corriente en las revistas universitarias”, Aurelio Asiaín, “Puente de Peros”, *Vuelta*, año XX, núm. 239, octubre de 1996, p. 37.

b) “... el analfabetismo funcional de nuestros parnasos y academias semiletrados”, José Joaquín Blanco, *Crónica literaria. Un siglo de escritores mexicanos*, México, Cal y Arena, 1996, p. 12.

c) A pesar del doble matiz del autor (utilizar “algunos” y circunscribir la ironía a los académicos de la UNAM) el sentido es el mismo: “Hay que decir que *La razón y la afrenta* es un libro que se fabricó en poco tiempo. Ésa es la causa de algunas de sus insuficiencias. Pero tiemblo al imaginarme los millones de pesos y los miles de días que hubieran consumido algunos académicos de la UNAM para presentar algo parecido”, Christopher Domínguez Michael, *Servidumbre y grandeza de la vida literaria*, México, Joaquín Mortiz, 1998, p. 77.

¹⁰ “Pero nadie demuestra ni pío, todos grillan: el puro parloteo culturero de la grilla burocrática-universitaria para colarse cada quien lo más arriba que pueda —puestos, premios, becas, publicidad en la tele y los periódicos, famita de antesalas—, y rebajar a los autores superiores para dispensarse de tal competencia”, José Joaquín Blanco, *Crónica...*, *op.cit.*, p. 553.

Si bien es cierto que en sentido estricto la vida literaria tendría que remitirse única y exclusivamente al hecho íntimo de leer (y escribir), ya que la razón de ser de un texto (su definición primaria) es defenderse, explicarse, imaginarse, provocar por sí mismo al momento de ser leído, sin que el escritor esté ahí presente en esa actividad tan privada o tenga que hablar y mostrarse públicamente para decir cosas acerca de lo que escribió, también es un hecho que la vida social (coloquios, conferencias, presentaciones, congresos, *cocktails*, tertulias, etc.) cumple una función necesaria dentro de la conformación identitaria del grupo. A través de ella se desempeña una de las actividades definidoras que, para Julián Marías, equivaldría a aquello que en el estado civil es estar enterado de la legislación existente: la publicidad entendida no en su aspecto peyorativo ligado al mercantilismo deliberado (que también la hay), sino como la necesidad intrínseca de los ciudadanos de la “República de las letras” de estar enterados de lo que los demás han escrito, pensado, discutido o reflexionado y, a su vez, hacerle saber al resto de los ciudadanos que ellos están enterados. Insisto, es cierto que para estar enterado bastaría leer, pero ¿cómo se identificarían unos a otros sino en la práctica social que, junto al acto mismo de leer/escribir, ha instituido esos espacios para el intercambio y reconocimiento del saber que los otros saben y conocen de lo que yo estoy enterado, sé, y conozco? El circuito, según vemos, aunque es proclive a ser calificado de frívolo cumple una misión identitaria.¹¹

El reconocimiento ciudadano en la “República de las letras” no se obtiene de manera automática con el ejercicio de la actividad de escribir. Ésta sola no basta. Se debe cumplir el siguiente paso natural de todo escrito: que sea publicado, pues en eso consiste la posibilidad de que lo escrito tenga realmente la oportunidad de completar su ciclo al ser leído por alguien más que el propio autor.

¹¹ “...dentro de la república de las letras, sus miembros, sus ciudadanos, están en *presencia* unos de otros. Lo que en la república de las letras acontece no son simples actos individuales, sino que trascienden de sus autores y quedan automáticamente proclamados, notificados publicados. Esto quiere decir que la república literaria está definida por el *enterarse*” (...).

“...lo mismo que en el Estado civil la legislación es pública y los ciudadanos están enterados de ella, o por lo menos deben estarlo y se supone que lo están, en la república literaria lo dicho y lo hecho se dan por sabidos y funcionan como tales. Y esto implica, a su vez, que el modo de comportamiento de cada individuo es darse por enterado de lo que los demás han pensado, escrito, estrenado, criticado”, Julián Marías, *op. cit.*, pp. 42-43.

El poder político (pleonasio necesario en este caso) busca incansablemente congratularse con la “República de las letras”. En América Latina, y particularmente en nuestro país, los intelectuales, los escritores son, a decir de algunos analistas, mucho más importantes que en otras naciones donde significativamente se registran tasas de lectura bastante más altas.¹² La explicación a este fenómeno debe rastrearse en la historia de la región.

Los escritores, los poseedores de ese amplio horizonte que permite el poder sobre el lenguaje, se han convertido históricamente en los países latinoamericanos (en particular en México pues es el caso que me ocupa) en espejos, donde el poder político acude a preguntar qué tan hábil e incluso legítimo es, o qué tan correctas, acertadas y posiblemente populares son sus políticas.

En nuestro país, el vasconcelismo fue el último intento del sector intelectual por hacerse del otro poder. Al ser arrasado por las prácticas de la *real politik* impulsada por los incultos rancheros venidos a militares revolucionarios, los escritores se percataron de que deberían ceñirse a ejercer su poder dentro de fronteras perfectamente delimitadas, en el territorio donde ellos eran soberanos, en el que —en palabras feudales— eran amos y señores. El poder sobre el lenguaje sería su poder; ellos serían sus únicos detentadores legítimos.

En Latinoamérica, dadas sus características políticas e históricas definidas por la instauración de regímenes autoritarios y, por ende, por la ausencia de virtudes democráticas, los escritores han ocupado el lugar intermedio que en otros países era innecesario por la existencia de una sociedad civil fuerte.¹³

¹² En México cada habitante en promedio lee medio libro al año. En Latinoamérica solamente Haití tiene una situación peor.

¹³ “En América Latina, donde las sociedades están polarizadas y el saber y el reconocimiento social son poco frecuentes, casi cualquiera que escribe, pinta, actúa, enseña y se expresa, o incluso canta, se convierte en “un intelectual”. El alcance del término es muy amplio, porque las actividades de las personas a las que se lo asocia son igualmente diversas.

Los intelectuales siempre han cumplido una función crucial —y quizás desproporcionada— en las sociedades y en la política latinoamericanas. Desde la independencia y a lo largo del siglo XIX, en parte a consecuencia de la debilidad de las instituciones representativas, intelectuales clave ocuparon un espacio decisivo en muchas sociedades latinoamericanas”, Jorge Castañeda, *La utopía desarmada*, México, Joaquín Mortiz/Planeta, 1993, pp. 209 y ss.

Por su parte, Lorenzo Meyer coincide con esa apreciación: “En la historia de América Latina hay una peculiaridad: la importancia política de los intelectuales, que no se compara con la que tienen en Europa occidental o en Estados Unidos, donde es menor. Sigue que en nuestra América, y muy concretamente en México, el intelectual sustituye, en cierto sentido, una creencia fundamental: a las instituciones representativas de la sociedad civil. Nuestra sociedad

En nuestros países, atrasados económica y políticamente, la posibilidad de acceder a la información por parte de las grandes masas analfabetas, miserables y fuera de la modernidad hizo que aquéllos pocos que podían ver al mundo, al país y a sí mismos desde otras vitrinas se convirtieran en los cuestionadores de un poder que los respetaba e incluso temía, justamente porque ellos, los hacedores de discursos, representaban algo que los políticos no tenían: la posibilidad de haber accedido a la “razón” o, en los términos en los que hemos trabajado aquí, de manejar y dominar el lenguaje o, en otras palabras, de crear y recrear al mundo.

En una sociedad democrática el acceso a la información de los quehaceres públicos es una axioma de la convivencia social. En contraste, en México la información sobre la actividad del Estado es concebida como un secreto que no puede ser ventilado frente a la sociedad, aunque sea a ella a quien se le endose la responsabilidad de cargar con las consecuencias de esos actos. Así planteado el asunto, los escritores tienen la posibilidad de ocasionar trastornos al poder al poseer los recursos para hacer pública la información que conozcan, posean y que de suyo tendría que ser pública.

Los escritores mexicanos son conscientes de que sus escritos son leídos, en el mejor de los casos, de forma escasa. No es difícil encontrar múltiples ejemplos en donde Paz, Fuentes, Monsiváis, Pacheco, Ibargüengoitia, etc., han expresado en distintos momentos conocer este fenómeno,¹⁴ lo cual no los ha amedrentado para expresar de manera vehemente sus consideraciones políticas en diversas coyun-

no cuenta con órganos, instituciones y estructuras que efectivamente representen sus intereses ante el poder y le exigen a éste responsabilidad y acciones. Si los partidos políticos son débiles o no existen, si los parlamentos son, como el caso mexicano una cosa de risa, una farsa, hay, como en un cuerpo que pierde un órgano, un desarrollo de otro que trata de compensar la carencia.

Si los intelectuales en México tienen una importancia un poco mayor que en otras partes —y prueba de ello es esta entrevista— es porque son alternativas, son sustitutos de las instancias democrática e institucionales. El Congreso está para que se expresen los problemas, las necesidades, las demandas, las exigencias de una sociedad, pero ese no es el caso del legislativo mexicano”, Hugo Vargas, “Intelectuales, poder, cultura. Entrevista con Lorenzo Meyer”, *La Jornada Semanal*, núm. 223, 19 de septiembre de 1993, pp. 20-21.

¹⁴ “Sí. Existe, ¡qué duda cabe!, una comunidad de poetas, de hombres con altas preocupaciones. Pero esa comunidad está determinada, ya no por valores o por quehaceres comunes sino, precisamente, por la divergencia y la soledad de individuos que ejercen un oficio cada día más ajeno al interés colectivo, a las necesidades de la masa”, Carlos Fuentes, *La región más transparente*, México, Alfaguara, 1998, p. 162.

turas. No importa que, en efecto, no pase nada, ellos estarán tranquilos con la satisfacción del deber cumplido.¹⁵

Ahora bien, el que no todos los escritores sostengan las mismas posiciones políticas, tomen partido por las mismas causas o actúen de la misma manera frente a fenómenos políticos específicos demuestra lo que bien pensado resulta obvio: la “República de las letras” está cruzada por las contradicciones histórico sociales imperantes en la sociedad. Si el acceso a la verdad, a la objetividad, debido al uso correcto del lenguaje fuera la explicación única del carácter identitario de los escritores en su accionar político, hipotéticamente esos atributos debieran generar que quienes los poseen construyeran explicaciones similares y asumieran posiciones más o menos compartidas. En la “República de las letras” se reproducen las mismas formas que en el ámbito general de la sociedad; ella tan sólo podría ubicarse como una pequeña muestra de las diversas correlaciones existentes en el universo social. Los escritores actúan de la misma manera que el resto de los individuos; algunos de una forma, otros de otra, unos afiliándose a ciertas explicaciones y propuestas, otros a otras, algunos más construyendo una tercera, etcétera.

Las discusiones sobre su participación política o acerca de sus posiciones críticas frente a ideologías, sociedades, partidos y políticas demuestran que el sentido ontológico, que algunos quieren ver en el ser escritor, es inexistente. No reaccionan igual porque, en efecto, esa soberanía está imbuida por los conflictos, intereses y apreciaciones filosóficas, éticas, políticas y estéticas que existen en la sociedad.

Desde esta perspectiva podemos entender la causa por la cual se señala que el compromiso de los escritores no es con la verdad en general (en el sentido unívoco y omniabarcador de la palabra) sino con su verdad. Esto es, con la crítica, entendiendo por ella el ejercicio consecuente de sus afanes inquisidores; el compromiso con sus convicciones, sean cuales sean las que ellos elijan y/o construyan; pero siendo siempre fieles a tales definiciones, siempre ejerciendo la crítica pues, como dice la conocida sentencia, ella es el único deber de los escritores en particular y de los intelectuales en general. Tam-

¹⁵ “Somos personas honradas. Decimos lo que creemos que es la verdad. A veces metemos la mano en asuntos espinosos y el público, como en los pleitos callejeros, dice: ‘Tú le das, tú le das’. Generalmente no pasa nada”, Jorge Ibargüengoitia, *Instrucciones para vivir en México*, 7a. reimp., México, Joaquín Mortiz, 1998 (marzo de 1970), p. 30.

bién es necesario tener presente la existencia al interior de la “República de las letras” de otro tipo de ámbitos y especificidades que dan pie a múltiples conflictos internos (envidias, disputas dinerarias, líos de faldas y pantalones, etcétera).¹⁶

La metáfora del espejo trizado utilizada por José Joaquín Brunner viene a colación. El espejo del que hablé antes, en donde se refleja la imagen que la “República de las letras” le ofrece al poder, está cruzado, trizado, por los conflictos sociales de todo tipo inherentes a la sociedad.

Por lo general, la “República de las letras” propone la apreciación de que la literatura no puede ser utilizada como forma o herramienta política. No se trata de moralizar o dictar línea a través de la literatura, con ello no pasa nada más que, en el mejor de los casos, conseguir algunas invitaciones para participar en foros organizados por aquellos que creen compartir tales opiniones, pero hasta ahí. Ni Esopo, la Fontaine, Iriarte, Cervantes, Vasconcelos, Fuentes, Paz, Monsiváis o quien se nos ocurra han cambiado (política, económica o, incluso, moralmente) a la sociedad por causa de sus escritos.¹⁷

¹⁶ “Los chismes literarios son menos razonables: la lucha de clases ante todo es por la injusta distribución de los ingresos psíquicos, simbólicos y espiritifláticos que da la Gloria, siempre insuficiente, siempre mal repartida. Libres del realismo que imponen los intereses prácticos, los chismes se despliegan como un cuento de Alicia en el País de las Maravillas, con una lógica libérrima, gratuita y misteriosa, casi imposible de explicar a quienes no comprenden las cosas del Espíritu”, Gabriel Zaid, “¡Esa Mayo...”, *Plural*, núm. 53, México, febrero de 1976, p. 75.

Por su parte Fernando Benítez no hace mucho afirmó: “En un país donde todo el bien y todo el mal puede esperarse del gobierno, los intelectuales han aprendido a callar en los momentos decisivos. Sólo saben callar. Así se hacen las carreras, así se van escalando los puestos, así se logran cómodas situaciones”.

“Hay intelectuales que hablan, que dicen cosas valientes, que incluso se han creado una pequeña reputación defendiendo alguna causa. Este grupo —bastante numerosos— es muy admirado y respetable. Ha medido la verdad, la justicia, el decoro, la honradez y les han fijado un límite. Si se les pide ir más allá de ese límite —digamos un centímetro—, retrocederán con prudencia. ‘Este —dirán— desea que me suicide.’ Hay siempre un cargo, una concesión, una prebenda —legítima por lo demás—, una amistad, una responsabilidad, un deber familiar que deben cuidarse. Por ello se dicen verdades a medias, se emplean argumentos no totalmente comprometedores, se deja entreabierta la puerta. ¡Sería tan desagradable quedarse en la calle!”, Carlos Fuentes, *La región más...*, p. 537.

¹⁷ “Moralizar es inútil. Nadie ha cambiado su modo de ser por haber leído los consejos de Esopo, La Fontaine o Iriarte. Que estos fabulistas perduren se debe a sus valores literarios, no a lo que aconsejaban que la gente hiciera. A la gente le encanta dar consejos, e incluso recibirlos, pero le gusta más no hacerles caso”, Marco Antonio Campos, “Monterroso: me gusta más pensar que escribir”, en “Varios, Los escritores”, México, *Proceso*, 1983, *op. cit.*, p. 138.

Si bien el cambio que la literatura puede proveer se ubica en términos individuales, no debe considerarse que es automático. No por leer el *Quijote* o la *Divina Comedia* un lector será mejor o peor, será más abierto y participativo, o serán más certeras sus elecciones políticas. La literatura es un acto individual y por ello esa especificidad humana la transforma. Un perfume adquiere su aroma particular sólo al combinarse con el del cuerpo de quien lo usa, el resultado es impredecible. Para lo que quiero expresar esa metáfora puede ser útil: la literatura es transformada por quien la lee, ésa es la razón por la cual ella, por sí misma, no puede garantizar la constitución de un mundo mejor o una sociedad más justa. No hace mucho un poeta le reprochó a otro que, dadas ciertas expresiones políticas que había hecho recientemente, tal parecía que no se hubiera leído a sí mismo.¹⁸

Con ello nos acercamos a la conclusión evidente de que el compromiso social es de todos. La “República de las letras” ha asumido una responsabilidad que no debiera poseer ni mucho menos monopolizar; sus ciudadanos son artistas/creadores, no políticos. La sociedad en su conjunto tiene voz, más o menos educada, pero la posee; en su mayor parte ella ni siquiera conoce que los escritores existan o, matizando la expresión, qué es lo que ellos hacen. En el mejor de los casos los ven en la tele, pero difícil y minoritariamente se les lee. Luego entonces, la labor de construir una cultura democrática no depende exclusivamente de los escritores, ni es responsabilidad específica de ese ente denominado “República de las letras”. Sus ciudadanos, en efecto, pueden/deben participar en estos afanes, pero no como los individuos convocados a dar la luz o visualizar el camino por recorrer para mostrarlo al resto. Si ellos no poseen la verdad, si ni siquiera están de acuerdo —pues como hemos visto no tendrían por qué estarlo— respecto a las diversas problemáticas económicas, políticas y sociales, cómo se puede esperar, o peor aún pedir, que ellos se conviertan en líderes de opinión. Ellos, lo mismo que nosotros, andan igual de perdidos y una revisión histórica de su accionar político nos lo demuestra sin mayor dificultad. ¿Por qué entonces habríamos de creer que ellos pueden ser los guías?

¹⁸ No poseo la referencia bibliográfica exacta pero fue Alejandro Aura quien le reprochó a Jaime Sabines, pocos meses antes de que éste muriera, que dadas sus opiniones sobre la necesidad de intervenir militarmente en Chiapas, tal parecía que no había leído a Sabines.

¿La “patria”, la sociedad civil, todos nosotros, debimos haber seguido a Fuentes y Benítez en su apoyo a Echeverría?; ¿o a Novo en su admiración por Díaz Ordaz?; ¿o al grupo *Nexos* en su acercamiento al gobierno salinista?; ¿o a Paz cuando descalificó a los que querían limpiar la elección de 1988?; ¿o nuevamente al Fuentes de 1999 que intentó en vano impulsar la candidatura presidencial por el PRI de Jesús Silva Herzog?¹⁹ No, simplemente no. Ellos son como cualquier otro ciudadano; incluso hasta comparten con otros gremios el sentido de superioridad de su actividad sobre la del resto de los habitantes de este mundo.

A los ciudadanos de la “República de las letras” no se les puede regatear que sean en general los poseedores de la habilidad, don, toque divino, o como se le quiera llamar de saber escribir y poder publicar lo que piensan. Si bien eso es mucho y envidiable, no otorga la posibilidad de dar el salto mortal de asignarles que tengan la razón en todo lo que escriban. Ellos deben ser fieles a sus convicciones pero nada más, no hay ninguna garantía de que sean las mejores, las más adecuadas, las verdaderas, etc. En su mayoría, como dice la canción, escriben muy bonito, le dan color, aire, horizonte a las opiniones que se expresan en la sociedad. Pero no por poseer esos atributos se les debe asignar la responsabilidad de “darnos voz” sea en el sentido de sustituir a los inexistentes organismos que la sociedad civil debiera tener para expresarse, ni mucho menos en la capacidad de imaginar la vida que cada uno vivimos o podríamos vivir, o simplemente (llevando el argumento al extremo) de pensar por nosotros.

Vemos pues que es necesario diferenciar entre las opiniones (para el caso que nos ocupa: políticas) de un escritor y su obra literaria. No se puede juzgar a unas por las otras en ninguno de los dos sentidos. Si ellos se ven como caballeros andantes obligados únicamente con el lenguaje,²⁰ hay que tomarles la palabra y no ser tan

¹⁹ “La comedia de los trueques: los gobernantes reconocen el talento y la gloria presente y póstuma de los intelectuales, y los intelectuales admiten la buena fe y la probidad de los gobernantes (para ser justos: son los intelectuales quienes se equivocan con mucha mayor frecuencia).” Carlos Monsiváis, “Los intelectuales y la política”, en Laura Baca Olamendi e Isidro Cisneros H. (comps.), *Los intelectuales y los dilemas políticos en el siglo XX*, tomo II, México, FLACSO/Triana, 1997, p. 463.

²⁰ “Puede concebirse a la literatura como un oficio, un destino, una misión, un combate, un pasatiempo, un viacrucis; y al escritor como un anacoreta, un mandarín, un conspirador,

reverentes con sus apreciaciones políticas.²¹ Reconozcámossos en su quehacer profesional, dejémonos deslumbrar por su poemas, cuentos, novelas, ocurrencias, etc. Ahí y sólo ahí es donde pueden coadyuvar a modificar nuestro sentido de vida, pero nada más. La matización es tan obligada como la aclaración sobre el infinito sentido del “sólo” utilizado, pues se refiere a la zona del espíritu donde no se manejan las cuestiones pragmáticas como la política.

En el sentido profundo que acabo de identificar es en el que la literatura escrita por los escritores (pleonasio necesario) puede cumplir un papel importante en el mundo de la disputa política. Es evidente que nada está más lejos de mi apreciación que la defensa del uso de la literatura con fines políticos, lo cual es deleznable sin importar la calidad con la que se haga o las luchas que se pretenda apoyar. Un panfleto bien o mal escrito es un panfleto, tampoco por progresista deja de serlo. Antes bien me refiero a la forma en que la literatura puede ayudar a darle sentido a nuestra existencia y, por tanto, coadyuvar en nuestra capacidad de actuar, resistir, gozar, sufrir o, simplemente, sobrevivir. Es el caso, por traer a colación un ejemplo límite, de la mujer que, como única forma de sobrevivir a la feroz tortura de la que estaba siendo objeto, se aferró a la repetición mental de algunos versos de Machado o Neruda:

... qué extraño, ya no se acordaba ni del autor ni de los versos
mismos, pero contenían agua, árboles, ella pensaba, algo acer-

un mártir, un iluminado, un payaso, un acróbat. Por mi parte, creo que la literatura también se parece a una orden de caballería. Ciento, el escritor no es un cruzado, ni tiene la obligación de defender causa alguna, salvo la del idioma en que escribe; tampoco tiene por qué ser parte de esta o aquella cofradía; su tarea es solitaria: conversar con sus fantasmas y con un desconocido, el lector. Sin embargo, para ser escritor hay que pasar por ciertas pruebas que terminan en un reconocimiento; ambos, el reconocimiento y las pruebas, recuerdan las ceremonias en que antes se armaba a los caballeros. Más afortunadamente que don Quijote, un día en 1938 yo fui armado escritor, no por un ventero pícaro, sino por José Bianco, que me invitó a colaborar en *Sur*. Mi ordeña fue escribir mi primera colaboración”, Octavio Paz, “Profesión de fe”, *Vuelta*, núm. 117, agosto de 1986, p. 8.

²¹ Paradójicamente plantear la irreverencia frente a los escritores no es algo muy acertado políticamente pues si bien puede ser que encontremos varios que no se tomen a sí mismos tan en serio, difícilmente encontraremos uno que sea irreverente con respecto a su oficio. Al respecto Juan José Arreola se ha quejado de que debido a su participación fugaz en la película “Fando y Liz” de Alejandro Jodorowski, así como por haber hecho un anuncio para las plumas Parker y escribir un poema para el tequila Sauza fue por lo que “en los altares de la cultural revolucionaria” le negaron el ingreso a El Colegio Nacional. Cfr. Orso Arreola, *El último juglar. Memorias de Juan José Arreola*, México, Diana, 1998, pp. 213-214.

ca del viento. Lo que importa es que se concentró en ese trozo de ese poema con fiereza para esclarecerse una y otra vez la diferencia entre su ser y el de esos hombres que la hacían sufrir. Ella descubrió, dentro de sí misma, más allá de esas manos y de lo que le estaban haciendo, que persistía un espacio que era enteramente suyo y que se mantenía intacto. Una pequeña zona en el mundo que ella podía guardar lejos de esa influencia y ese dolor. Algun poeta muerto le estaba enviando una coraza, aquel ángel guardián del lenguaje. Para que pudiera protestar silenciosamente una vez más antes de que se extinguiera para siempre.²²

Ese poema que años después la mujer ni siquiera recordaba cuál era o a quién de los dos escritores pertenecía, cumplió mejor una función política que cualquier obra específica de ese tenor que algún poeta hubiera elaborado contra el golpe militar, el fascismo, el imperialismo, etc. Fueron unos versos, unas cuantas palabras (bien, acertadamente) unidas por un escritor, las que le permitieron sobrevivir. Con ello el autor habría podido decir: misión cumplida; no fue necesario que estuviera en alerta para bajar directamente a la arena política a luchar contra los que tenían el poder.

¿Vivimos hoy en día la caída o la consolidación de nuestro mundo moderno? No lo sé. Pero cualquiera que sea el caso se trataría de recuperar entre todos la palabra perdida, de construir un discurso nuevo extraído de las lecciones del pasado y del avistamiento del futuro. Los intelectuales, los escritores, la “República de las letras” debe ayudar junto con todos nosotros a estos esfuerzos. Quizá sus ciudadanos puedan coadyuvar con más atingencia a nombrar lo

²² Ariel Dorfman, *Rumbo al sur deseando al norte. Un romance en dos lenguas*, México, Plataforma, 1998, p. 357. Parafraseando al cartero de Skarmeta, recuerdo que los escritos de un autor son para que los use quien los necesite. Así las cosas podemos leer con toda tranquilidad los siguientes renglones que finalmente refieren el mismo espíritu del texto de Dorfman: “Muchos escritores e intelectuales hemos abandonado las viejas militancias de la cultura política de la sangre, y nuestros textos salpican con manchas de tinta las páginas de la historia que otros quieren imprimir con flujos de violencia. Ya no vivimos en la región de las venas abiertas, no porque hayan cesado la explotación y la miseria, sino porque creemos que en este mundo no todo son ríos y pantanos de sangre. Ya no nos agradan las invocaciones a una eucaristía revolucionaria que transforme el pan y el vino de la vida cotidiana en cuerpos martirizados y hemorragias sublimadoras”, Roger Bartra, *La sangre y la tinta. Ensayos sobre la condición posmoderna*, México, Océano, 1999, p. 12.

perdido, a nombrar lo que estamos por imaginar todos nosotros, como la primera forma, el paso inicial, para que —parafraseando a Gabriel Zaid— el mundo, las nubes, las mujeres, los hombres, el agua, el amor, las letras nos hagan caminar de otra forma por los senderos que construiremos entre todos.²³

Recibido el 11 de enero del 2001
Aceptado el 23 de mayo del 2001

²³ Norbert Lechner, “Intelectuales y política: nuevo contexto y nuevos desafíos”, en Laura Baca Olamendi e Isidro Cisneros H. (comps.), *Los intelectuales, op. cit.* “Se viene abajo el mundo —nuestro mundo— y, sin embargo, la vida sigue. Seguimos con vida en un mundo innombrable y, a la vez, banal. No sabemos dar cuenta de la nueva realidad del país, ni siquiera de nuestra vida cotidiana. Quedamos sin discurso y enmudecidos buscamos recuperar la palabra.

La recuperación de la palabra pasa por nombrar lo perdido. El duelo es, en medio de las ruinas, el paso más difícil.

(...) En la medida en que los intelectuales logran explicitar las lecciones del pasado y abrir una perspectiva de futuro, vuelven a tener la palabra”, pp. 411-412.